

Y dijo Samuel: «¿Cómo iré? Si Saúl lo supiera, me mataría». Jehová respondió: «Toma contigo una becerro de la vacada, y di: “A ofrecer sacrificio a Jehová he venido”».

1 SAMUEL 16: 2



Samuel se había retirado a su casa en Ramá, resuelto a no involucrarse más en los asuntos públicos. Quería dedicarse por completo a instruir a los hijos de los profetas. No en vano había sido él el fundador de lo que ha dado en llamarse “escuela de los profetas”.

Sin embargo, Dios envió al viejo profeta a Belén para ungir a uno de los hijos de Isaí, a una persona probablemente desconocida para él. Samuel expresa el peligro que supone el cumplimiento de ese encargo. Preocupado, señaló: «Si Saúl lo supiera, me mataría» (1 Sam. 16: 2).

Se puede ver perfectamente que Saúl se había vuelto muy violento y malvado tras anunciarse su deposición; de lo contrario, Samuel no se habría expresado de esa manera.

Al frente del gobierno del país, Saúl representaba una amenaza. Se había tornado en una molestia constante para Samuel, y era para esta causa de irritación y de aflicción. La abierta rebelión del rey y su desobediencia a la voluntad de Dios laceraba hasta lo más profundo el corazón del profeta.

Samuel había puesto tanto sus ojos en ese problema llamado Saúl, que la maldad del rey lo tenía aterrizado hasta el extremo de no fijar sus ojos en Dios y sentirse confiado. Como era de esperar en tales circunstancias, la fe de Samuel se había debilitado; no era tan fuerte como debería haber sido; de lo contrario, no habría temido el furor de Saúl.

Dios le ordenó que encubriera su objetivo con un sacrificio: «Di: A ofrecer sacrificio a Jehová he venido» (1 Sam. 16: 2). Y el Señor añade: «Yo te enseñaré lo que hay que hacer» (1 Sam. 16: 3)

A propósito, ¿tienes un Saúl en tu vida? ¿Hay alguien que te irrite constantemente? ¿Un Saúl que procura tu mal? ¿Alguien te pone asechanzas o acecha tu vida? ¿Alguna persona te vigila constante y que te persigue para causarte toda clase de daños?

Como a Samuel, también a ti te dice el Señor: «Yo te enseñaré lo que has de hacer». Los que están haciendo la obra de Dios y andan en sus caminos serán dirigidos paso a paso por el brazo del Todopoderoso y no tendrán nada que temer.

Deja de obsesionarte con tu Saúl. No pienses en hacer justicia por tu propia mano. Vete donde el Señor te indique; haz lo que él te ordene y serás triunfador sobre tus enemigos. No dejes que tu fe se debilite, aunque haya un Saúl en tu vida.

Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos:

«¡Abba, Padre!»

ROMANOS 8: 15

El texto de hoy tiene un mensaje para todos nosotros. Los cristianos no deben tener «espíritu de esclavitud», es decir, una disposición de ánimo, un hábito o un estado sentimental de temor, tristeza, soledad y desamparo. Los que viven así tienen una sensación de servidumbre. Ese espíritu de esclavitud es el espíritu de servidumbre que en toda la epístola se contrasta con la libertad de los hijos de Dios (6: 6, 16, 17).

La persona que todavía está bajo la ley y en la servidumbre del pecado está acosada por presentimientos, temores e inseguridades por causa del pecado no perdonado. Pero cuando se recibe el Espíritu Santo termina esa condición desesperada. El Espíritu trae vida y amor y libertad del temor. Tenemos la seguridad de que somos hijos y herederos, no esclavos. Por eso no se admite que el cristiano viva en esclavitud y en temor, porque hemos recibido el espíritu de adopción. Es decir, ahora somos hijos de Dios. Gozamos de los privilegios y garantías de la condición de hijos.

¿Cómo puede un hijo de Dios vivir en temor y en inseguridad? No es posible. Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos. Todos los derechos de los hijos de Dios nos pertenecen. Tenemos un Hermano mayor en quien podemos confiar: nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién no se siente bien y con un santo orgullo al tener un Padre y un Hermano de esa categoría? En nuestra adoración debemos ver a Dios como un verdadero Padre. Como un Padre bueno, comprensivo, amante, paciente y bondadoso.

Jesús siempre se refería a Dios como su Padre. Es normal, pues son de la misma esencia; tienen los mismos “genes”; ambos son Dios en la más elevada expresión de ese término. Con reverencia y prudencia, nosotros también podemos decir que tenemos los “genes” espirituales de Dios, porque es nuestro Padre, en el más amplio sentido del término. Gracias a Jesús y su sacrificio supremo en la cruz, podemos disfrutar de este privilegio. ¡Alabado sea Jesús! Porque la creencia en él no deja huérfanos en este mundo. Somos hijos del Altísimo, y seguros herederos de la promesa.

Como padre, uno de mis objetivos es que mis hijos nunca duden del incondicional amor que tengo por ellos. De igual manera, el Padre celestial quiere que te convenzas hoy del amor incondicional que siente por ti. Por eso, no podemos caminar en este mundo como seres humanos derrotados y desamparados, sino como hijos que claman: «Abba, Padre», con profundo sentimiento filial.

Y mirándole Jehová, le dijo: «Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envió yo?» Entonces le respondió: «Ah, Señor mío, ¿Con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre».

JUECES 6: 14, 15

Todos conocemos la historia. Después de entrar en la tierra prometida, los israelitas fueron gobernados por una serie de jueces. Aquel fue un tiempo caracterizado por la apostasía y el consiguiente castigo divino. Y cuando los israelitas clamaban a Dios, arrepentidos, el Señor les enviaba un libertador.

Por desgracia este ciclo se repitió muchas veces, hasta que llegamos al caso de Gedeón. «Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de Madián por siete años» (Jue. 6: 1). Después de siete años de opresión, Israel clamó a Dios por liberación, y el Señor escuchó el clamor de sus hijos, y decidió enviarles a Gedeón. Cuando Dios se acercó a Gedeón, este se hallaba trillando trigo en secreto, para que los madianitas no se lo arrebataran.

Como dice el versículo de hoy, cuando Gedeón recibió el llamado de Dios, respondió con temor. Veía la empresa de salvar al pueblo de Dios demasiado grande. «¡Cómo! ¿Yo? ¿Siendo pobre? Soy el menor en la casa de mi padre. Mi clan es el más pequeño. ¿Y me elige Dios para libentar a su pueblo? No puedo aceptar este llamado».

Gedeón se sintió atemorizado por la grandeza de la empresa y porque se sentía pequeño e indigno. Pero Dios veía en Gedeón al próximo libertador de Israel. Gedeón veía debilidad, pero Dios veía fuerza. Gedeón veía el fracaso, pero Dios veía la victoria en el futuro. El concepto que Gedeón tenía de sí mismo lo incapacitaba. ¡Qué bueno es que Dios nos considere a cada uno de una manera diferente a la que nosotros mismos nos consideramos!

Pongamos a un lado el equipaje de nuestro pasado, que nubla, oscurece y distorsiona la visión que debemos tener de nosotros mismos. Dejemos de ver nuestra vida a través del filtro del presente y del pasado y pongamos nuestros ojos en la visión de Dios. Él ve las victorias que tú lograrás mañana. Él ve el potencial de cada uno de sus hijos. No recogedores de espigas derrotados, sino hombres y mujeres que obtendrán victoria tras victoria hasta el día del regreso de Jesús.

Dios nos llama para colaborar en la gran empresa de la salvación del mundo y de nosotros mismos. Aceptemos el llamamiento. Él nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos.



A estos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos.

1 PEDRO 4: 4, 5

¿Sabías que Jesús siempre rendía cuentas a su Padre? Aunque era el Hijo de Dios, siempre se dejó llevar por los designios de su Padre, y rendía cuentas de todo cuanto hacía. Para ilustrar esto, el apóstol Pablo uso una frase en Romanos 15: 3: «Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo». En toda circunstancia, Jesús siempre buscaba la aprobación divina y se dejaba guiar por la instrucción del Espíritu Santo. Las palabras clave de su vida eran: «No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió», la del Padre.

Es preciso que reconozcamos que Jesús hacía todas estas cosas porque, aunque era Dios, rendía cuenta de todo cuanto realizaba para demostrar una filosofía de vida que desea que adopte cada uno de sus hijos. Además, Dios quiere que entendamos que no solamente hemos de rendir cuentas ante Dios, sino también ante nuestros semejantes.

En algunos versículos, que algunos prefieren evitar, encontramos que la Biblia es muy directa cuando habla de rendir cuentas. Jesús nos recuerda que «de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio» (Mat. 12: 36).

Cuando aceptes verdaderamente este concepto de rendir cuentas, te prometo que sucederá algo: Tú cambiarás. Hacer de esto parte de nuestra filosofía de vida cambiará muchísimo la forma en que vivimos.

Si verdaderamente creemos que hay un Dios que observa nuestras acciones y ante el cual un día no muy lejano tendremos que rendir cuentas, debemos genuinamente cambiar nuestra conducta, nuestra actitud y nuestras palabras.

El creer que toda la Escritura es inspirada divinamente nos exhorta a tomar en serio los versículos que nos recuerdan que hay un Dios que observa cada cosa que hacen sus hijos. Sin embargo, lo cierto es que a muchos de los hijos de Dios no les gusta aceptar que esto sea una realidad. Quizás quisiéramos que este tipo de versículos no estuviera en la Biblia, pero la aceptación de que es así forma parte de humillarnos ante Dios y tomar su Palabra en serio.

Rendir cuentas era una de las maneras en que Jesús obtenía su gozo. Me pregunto si hemos aprendido el gozo de agradar a Dios en todo cuanto hacemos. Quiera Dios que sus hijos vivan hoy una vida que traiga gozo al corazón de nuestro Padre celestial.

Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará.

SALMO 37: 5



La vida muchas veces no es justa. Esta lección la hemos aprendido todos en algún momento de nuestra vida. ¿Qué justicia puede haber cuando un bebé sufre una enfermedad dolorosa y luego muere por causa de una dolencia contagiosa y degenerativa que su padre le transmitió? Por supuesto, hay injusticias menos dramáticas. Recibimos lo que no debemos recibir: mal por bien. Los amigos nos fallan. Aquellos en quienes confiábamos nos traicionan. Somos juzgados equivocadamente, o se nos critica con el deseo de destruirnos, usando la mentira como único argumento.

Dios nos dice: «No te impacientes a causa de los malignos» (Sal. 37: 1). Él pagará, a su tiempo, conforme a derecho, a los que te hicieron daño, y reparará el daño que recibiste. El Señor equilibrará las finanzas destrozadas. Mejorará la salud afectada por la enfermedad. Reparará la reputación que ha quedado en entredicho y la imagen que se ha visto deformada.

Recuerda que los hijos de Dios se ejercitan en la paciencia. Dios no actúa como nosotros quisiéramos, ni en el momento ni en la forma que quisiéramos. Dios actúa de manera redentora. No quiere tanto curar enfermedades, vengar agravios o resolver problemas de sus hijos como educar, edificar, purificar y santificar. Por eso, no siempre tenemos la capacidad de comprender la forma en que actúa y cómo contesta nuestras peticiones.

Por ello, en lugar de sentirte desengañado, debes decir: «Soy un hijo de Dios. Él me ama, es mi Padre. Él desea cambiar las cosas a mi favor». Por eso, es muy apropiado el consejo de hoy: «Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará» (Sal. 37: 5). Confía y espera en Jehová. No te apresures. Si parece que se demora, espéralo. Los cristianos dan testimonio de la dirección de Dios en su vida por la perspectiva de los años, no por el número y la claridad de las respuestas que reciben.

Dios promete restaurarlo todo: la paz que se ha perdido, el hogar a punto de desintegrarse, el buen nombre que ha sido manchado, el empleo que se perdió, el dinero que se entregó confiadamente y que nunca le devolvieron, lo que se perdió por el engaño de los que hicieron promesas y nunca las cumplieron. No todos reciben la misma respuesta porque no todos están bajo el mismo proceso educativo divino. La clave de la seguridad en Dios está en la confianza en su amor y su justicia.

Dios quiere venir a cambiar las cosas en tu favor. Cambia tu manera de pensar y espera en el Señor. ¡Vive a la expectativa!



Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores.

Levítico 25: 10

La libertad es un legado de Dios. El Señor creó a los seres humanos para que vivieran y se desarrollaran en libertad. Satanás ha procurado esclavizar a la raza humana bajo su dominio. Por eso precisamente Dios está empeñado en una lucha para dar libertad a la humanidad. Emociona pensar que Jesús murió para liberar a los que eran cautivos de Satanás, para liberar a aquellos que no tenían libertad para elegir. Jesús murió para que todos los hombres, que eran siervos del pecado, tuvieran la posibilidad de ejercer su capacidad de elección.

Son muy significativas las palabras pronunciadas por el magistrado Learned Hand en un discurso pronunciado en la ciudad de Nueva York el año 1944: «¿Qué queremos decir cuando afirmamos que, ante todo, buscamos la libertad? A menudo me pregunto si no apoyamos demasiado nuestras esperanzas sobre constituciones, sobre leyes, sobre tribunales. Estas son falsas esperanzas; créanme. Estas son falsas esperanzas.

»La libertad descansa en los corazones de los hombres y las mujeres; cuando muere ahí, ninguna constitución, ley o tribunal puede hacer mucho por, cuando menos, ayudarla. Mientras permanezca ahí, no necesita constitución, ley ni tribunal para salvarla».

Dios puso la libertad en el corazón de la humanidad, y Dios es el que garantiza la libertad. Puede ser que las autoridades humanas restrinjan las libertades individuales, pero no pueden arrebatar la libertad que está arraigada por el Creador en el alma. Las personas pueden ser libres, aunque estén prisioneros en una mazmorra. Nadie puede arrebatarle la libertad a un alma humana. Pero ella puede entregar su libertad a quien quiera. Es una tragedia que aquellos seres humanos a quienes Jesús liberó a un costo tan alto para que pudieran ejercer su privilegio de elegir, decidan, usando la libertad que él les dio, hacerse esclavos de Satanás. El apóstol Pablo lo expresó con mucho acierto: «Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres» (1 Cor. 7: 23).

Hemos de ejercer la libertad con que Cristo nos hizo libres. Librándonos, en primer lugar, de la esclavitud de Satanás a través del pecado. Como dijo nuestro Señor, «todo el que comete pecado, es esclavo del pecado» (Juan 8: 34). En segundo lugar, de toda noción o idea equivocada. No hay mayor esclavitud, después de la del pecado, que la esclavitud del error. Por eso dijo nuestro Señor: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará» (vers. 32). En tercer lugar está la libertad política. Luchemos por ella siendo ciudadanos ejemplares. Seamos libres, porque «a libertad nos llamó Dios».

Cada vez que los príncipes de los filisteos salían en batalla, David tenía más éxito que todos los siervos de Saúl, por lo que su nombre llegó a ser muy estimado.

1 SAMUEL 18: 30



David tuvo más éxito que todos sus hermanos. Daniel tuvo más éxito que todos sus compañeros. Pablo tuvo más éxito que todos los demás apóstoles. ¿Por qué? ¿Qué tipo de éxito? Por otra parte, Haydn murió enfermo en Viena cuando los franceses tomaron la ciudad; Beethoven murió en tristes condiciones; Mozart bajó al sepulcro acompañado únicamente por el empresario de pompas fúnebres; Schubert, desilusionado, murió a los 31 años de edad. Pero todos tuvieron éxito.

Hay un tipo de éxito que es espiritualmente malsano. Es el que se alcanza pisoteando a otros para sobresalir; el que sacrifica la salud física y mental y a los seres queridos; el que cede a la avaricia, la envidia y la soberbia; el que convierte al hombre en admirador de sí mismo y buscador del aplauso de los demás. Un padre dio una vez el siguiente sabio consejo a su hijo: «Estoy muy interesado en la profesión que vas a elegir. No me gusta influir sobre ti demasiado. Solo asegúrate de lo siguiente: que cualquiera sea tu decisión, poco importa, si solo sigues nuestra gran vocación común, el servicio de Cristo». ¡Qué diferencia con las palabras de Adolf Hitler en su libro *Mein Kampf* (Mi lucha): «El éxito es el único juez terrenal entre el bien y el mal»!

«Dios no ve a las personas de éxito como nosotros las vemos. Nosotros vemos el éxito en forma exterior. Dios ve el éxito en forma interior. El verdadero éxito brota de ciertas cualidades de carácter: la sencillez, la cortesía, la obediencia, la devoción a una causa digna. Puede ser acompañado por la prosperidad material o no; puede conducir a dignificar una posición o no; puede llevar hasta la fama entre los hombres o no; pero será éxito a la vista de Dios» (Gerald L. Minchin, *Los portales del reino*, p. 116).

El éxito de David era éxito a la vista de Dios. Durante muchos años vivió como ungido de Dios para ocupar el trono de Israel, pero no lo dijo a nadie. Nunca se jactó. Nunca alardeó. Resistió la tentación de hacer valer sus derechos al trono durante siete años mientras Saúl lo perseguía. Solo accedió al trono cuando Dios se lo señaló. Cuando las circunstancias aconsejaron el importante paso, no hizo nada hasta consultar con Dios: «¿Subiré a algunas de las ciudades de Judá?» Y Dios le dio indicaciones.

Sé humilde, sincero, dedicado, fiel, esforzado y prudente, y tendrás éxito según Dios.